

A medio camino

Patricio Ríos

“Vemos, pues, por qué hay que hablar de actividad estructuralista: la creación o la reflexión no son aquí “impresión” original del mundo, sino fabricación verdadera de un mundo que se asemeja al primero, no para copiarlo, sino para hacerlo inteligible. Este es el motivo de que pueda decirse que el estructuralismo es esencialmente una actividad de imitación, y en este aspecto, propiamente hablando, no hay ninguna diferencia técnica entre el estructuralismo científico de una parte, y la literatura en concreto, el arte en general, de otra...”

—R. BARTHES

Hace algunos días moría asesinado en Guatemala un dirigente derechista: Oliverio Castañeda Paíz. Por otra parte resulta que durante estas últimas semanas, mi hija mayor ha debido permanecer en cama y que también, durante estas últimas semanas, he sido objeto de una cierta persecución política que ha servido para mostrarme cómo se agitan mis amigos, cómo se tiende el afecto refractando las materias que lo atentan, sumándose a mi lado en cifras ciertas, seguras, al modo de la claridad de un resultado de un partido de fútbol o de la justicia despretada en gestos, movimientos, acciones y contraacciones, acumulándose en cuocientes reconciliatorios con lo que tengo de hombre y de dios conjuntamente, y me ha servido también para sor-

prenderme de la enorme cantidad de humo que puede entrar en mis pulmones y más allá de ellos en todo mi cuerpo que en las noches se queja, rumiando la parte de suicidio que hay en ello y midiendo a la persecución política en número de células muertas.

Y va resultando también de que hoy día es sábado, un nuevo sábado, nuevo hasta en los fundillos de la tarde a causa de su ubicación precisa entre días anteriores también nuevos, a pesar de sus nombres recurrentes, y lo que pudiera ser llamado el presente o el futuro, y a causa de que mi hija —y últimamente mi madre— continúa enferma y que mientras ella dormía, ayer y antes de ayer, en el Parlamento, en el Senado y en la Cámara de Diputados de éste, mi país, —mis vecinos, mi jefe, mi lengua, un determinado modo de cortar la carne, de sembrar, de trasladarse de un punto a otro, etc.— un grupo de hombres con altas temperaturas cerebrales, confundiendo exactamente los términos: libertad/Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones S. A.; democracia/movilización de los carabineros para la labor específica de romper cabezas de trabajadores, brazos de trabajadores — pobres, explotados, desposeídos, humillados; también en femenino, pobres, explotadas, desposeídas, humilladas; y en la escala genéti-

ca, niños-niñas explotadas, pobres, desposeídas, humilladas— que, por otra parte, lo único que tratan de asir es pan, techo y por sobre todo, dignidad, voluntad, pies, manos, imaginación de personas, tal como el evangelio va definiendo este término, lanzaban por una ventana construida *ad hoc*, al Ministro del Interior —P L R para el Ministro del Interior, dijo el diario *Tribuna*— y por la misma ventana sobaban y sobajeaban la actual estructura económica: el café, las telas, los repuestos, el papel, para los negociantes.

Y resulta que mientras escribo esto, va quedando sumido en la obscuridad el barrio, mi barrio, una vez más, para que se vaya haciendo el silencio y este sábado pase a pertenecer a la categoría de los sábados, por la tarde, invierno, y la mudéz de los edificios, del cemento, de las cosas que yacen, se vaya haciendo evidente, suficiente, bestial, fantasmal y para que así, de este modo, se vaya integrando en mí la historia que soy, la materia ignorada que fui y comience a hablar la perfidia, la conciencia, por las vías indirectas de mi padre muerto, de mi desconsuelo de entonces, del Neruda y del Whitmann que a pesar de mis esfuerzos me galopaban más allá de lo que hubiera sido deseado por mí mismo, por mi familia, por mis amadas, por mi país, por mi dios y por todos aquellos a los que les concernía y les concierne aún ahora, en medio del silencio que soy, con mi vaso de leche al lado, como el único testimonio verídico, irrefutable de lo actual, mudo también, y sin embargo, sin diacronía conciente, rumiando sordamente la soledad que es, que somos, parado únicamente por mi ojo adentro, existente este último desde hace veintinueve años, apechugando realidad adentro, con lo que hay que tener en cuenta: los libros de R. Barthes, toda la poesía de Va-

llejo, de De Rokha, las piedras que mi amor ha dispuesto en platos, palanganas de diversa índole, por mi pieza, por todos los cuartos, para no despertar por las mañanas y ver sólo relojes, cajas, pelos, humo; mi bufanda, tejida por el amor que nos tenemos; las heteróclitas teorías de toda especie, el rumor de mis zapatos, de mis manos, de mi sexo; lo que de pronto me conversa Alfonso Calderón, o Fidel Sepúlveda o Andrés Gallardo; mis repetidas idas al baño a renovar el rito de mi carne en las funciones del despojo, de lo cremado, de la ceniza, en la verdad abierta hacia abajo, como un día lo dijera Vallejo: “Quien hace tanta bulla, y ni deja/testar las islas que van quedando... etc., aludiendo con todo eso al acto del destornillo y la renovación, buceando aquí y allí por el sentido de Dios, porque un hombre, cualquier hombre, también yo, puede en un momento determinado o en varios momentos o en todos los momentos, buscar, indagar, preguntar por Dios, dentro o fuera de la Iglesia, con razones o sin razones, solamente a caballo de sus propios deseos de los otros, de su propio tender hacia los demás y de los propios deseos de que la especie humana fructifique, se expanda y perdure en otras figuras semejantes a nosotros mismos, pero mejores, como el Cristo, y encontrar o no encontrar a Dios, o a alguien como eso, viviendo oscura o luminosamente entonces, como puede vivir hoy día Ernesto Cardenal, y escribir, por lo mismo, luminosamente, anotando los sentidos, de tal modo que puede afirmarse que todo escritor no hace más que poner en palabras, una cosa al lado de la otra, de acuerdo a una manera general en sus resultados y específica en su movimiento de apuntar hacia hechos, acciones, situaciones, aberturas muy concretas, del tipo del vaso de leche parado frente a mí, yendo y viniendo

do desde y hacia mis labios, vaciándose y destruyéndose, y del tipo de mi madre y mi hija enfermas, la noche por todas partes, mi pueblo tensionado, convulsionado por un afán de justicia, y de todo esto por lo cual soy contenido y yo contengo, reproduciendo en mí mismo el perfecto territorio de la relación significante/significado en el signo lingüístico, ubicado en el centro de un haz de relaciones, haciéndome y deshaciéndome, inmerso en una diacronía confusa, hecha a tirones, a jirones, y en este sentido más oscura que cualquiera de los hechos humanos sumados en su conjunto, puestos

en una línea y refractados por la ciencia o la poesía, o el arte, de acuerdo a lo que alguien por allí escribiera: “Sin embargo, el hombre tiene un sentido. Un sentido secreto y patético, si no fuese por las mentiras del arte, a las cuales el hombre debe estar agradecido, como él sabe muy bien. Porque las mentiras le dicen que espera, le dan esperanza. La mentira se estremece con él y le afirma su condición de hombre. Y el hombre se estremece también y sigue mundo adelante”. Sí, las mentiras, las mentiras de la literatura, ¿no es verdad Saroyan?

